



Ricardo Bernardi (1945-2025)

MARINA ALTMANN DE LITVAN¹

Me han pedido que escriba unas palabras acerca de Ricardo Bernardi. Me siento muy honrada de tener esta oportunidad, tanto por la valoración que siento por su trayectoria como por el cariño enorme que siento por él y su familia, con quienes hemos compartido muchísimos años de vida y amistad. En este tiempo hemos visto crecer nuestras respectivas familias y hemos compartido grandes alegrías y tristezas personales e innumerables instancias académicas y de trabajo psicoanalítico.

Ricardo Bernardi fue un médico, psiquiatra y psicoanalista uruguayo cuya obra dejó una huella imborrable en el psicoanálisis en Uruguay, en Latinoamérica y en la comunidad psicoanalítica internacional. En 1969 se graduó como doctor en medicina ganando la Medalla de Oro de la facultad, lo que significa que fue el mejor alumno de su generación. Ese fue solo el comienzo.

A lo largo de su carrera acumuló una trayectoria extraordinaria: especialista en Psiquiatría (1972), psicoanalista titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, magíster en Psicoanálisis (APU), doctor en Psicología (Universidad de Buenos Aires), analista de formación del Instituto de Psicoanálisis de la APU, profesor titular (grado 5) y director del Departamento de Psicología Médica de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República —que refundó después de la dictadura junto con otros destacados analistas—, profesor titular (grado 5) de la Facultad

1 Miembro titular con funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay. marina.altmann@gmail.com

de Psicología de la misma universidad y director de investigaciones de Nupplac en la Universidad Católica de Pelotas, Brasil. Fue también vicepresidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) durante el mandato de Otto Kernberg, organizador científico del Congreso Internacional de Nueva Orleans y profesor invitado en el University College de Londres y en la Universidad de Ulm, en Alemania.

Sus contribuciones fueron reconocidas con distinciones internacionales: el premio de la Fepal (1992), el segundo premio de la Academia Nacional de Medicina (1997), el Sigourney Award (1999), el Best Paper Award del *International Journal of Psychoanalysis* (2003) y el Premio al Servicio Extraordinariamente Meritorio de la IPA. En 2016 fue invitado como International Scholar of the Year por el Columbia University Center for Psychoanalytic Training and Research, donde dio una conferencia en la Academia de Medicina de Nueva York. En 2012 fue nombrado profesor emérito de la Facultad de Medicina e ingresó a la Academia Nacional de Medicina.

La tarea de resumir lo que Ricardo hizo por la disciplina no era sencilla ni entonces ni ahora porque fue un espíritu muy inquieto, siempre innovador, que evolucionaba a un ritmo especialmente veloz. Su curiosidad era extraordinariamente amplia. Le interesaba la naturaleza y lo que a menudo denominaba «las cosas esenciales de la vida». Esa curiosidad se extendió de forma natural a su trabajo profesional. Fue un trabajador incansable, siempre involucrado en iniciativas y proyectos con diferentes personas y grupos.

Quienes lo conocieron personalmente recuerdan su carácter multifacético. Era profundamente familiar, pero también estaba impulsado por una búsqueda constante del placer, un placer entendido no en un sentido superficial, sino como una conexión con aquello que daba sentido a la vida: la naturaleza, los viajes, la artesanía, la conversación y la exploración intelectual. Esa capacidad para integrar diferentes registros de la experiencia era quizás su rasgo más distintivo.

Ricardo tuvo una creatividad admirable y una gran honestidad. Fue de las personas más generosas con el conocimiento que he conocido, permanentemente contribuyendo tanto con individuos como con grupos de trabajo. Su carácter crítico y argumentativo, su agudeza y su conocimiento

teórico y práctico, así como su capacidad para unir ambos aspectos, lo hicieron un referente muy valioso. Una destacada analista brasileña me dijo en una oportunidad: «¡Producía ideas frescas! A veces era imprevisible con qué iba a salir. No era un analista que utilizaba las modas, ¡era un *antifashion!*». Y sí, fue una realidad que Ricardo, no solo no siguió modas, sino que no fue capaz de repetirse ni a sí mismo, siempre elaborando más allá incluso de su propia producción.

Su trabajo tuvo un nivel bien visible, por su producción escrita —más de 250 artículos publicados internacionalmente— y por sus acciones, estimulando diferentes grupos de trabajo a lo largo de su vida en distintos contextos. Pero también tuvo una labor más invisible: ayudando a pensar las diferentes instituciones y agentes de cambio en torno a problemas que no habían sido detectados anteriormente. Nuestra institución logró un plus importante gracias a muchas de esas intervenciones invisibles. Siempre trabajó en nuevos desafíos, a menudo varios años adelantado a sus colegas. Esa característica suya de ir siempre algunos pasos adelante hacía que a veces fuera difícil seguirlo en su línea de pensamiento y en su producción. Esto llevó a que algunos psicoanalistas lo desconocieran o malinterpretaran. Por otro lado, recibió la admiración de psicoanalistas destacados del ámbito internacional, en quienes a menudo encontró interlocutores más cercanos que algunos colegas más próximos espacialmente. A pesar de todo esto, era muy humilde cuando se refería a sus propias capacidades o conocimiento.

Ricardo, parafraseando trabajos de Santiago Kovadloff, fue un «hombre de su tiempo», involucrado en las circunstancias de su época. El conocimiento lo atravesaba y lo modificaba. Nuevas luces, nuevas preguntas renacían a partir de lo que aprendía. Tuvo espíritu individual pero también de grupo, de equipo, de colaboración. Estableció puentes entre la vida privada y la pública, entre el pasado y el presente, de donde tomaba recursos para imaginar el futuro. No solamente se preguntaba quiénes éramos, sino también cuáles eran los desafíos que los analistas teníamos en el mundo. Gracias a su formación e intereses, dialogó con la epistemología, la biología, la neurociencia, la literatura y la medicina, utilizando diferentes metodologías que complementaron y a veces confrontaron al psicoanálisis.

Entre sus contribuciones más perdurables se encuentra su riguroso compromiso con el pluralismo teórico. Profundamente arraigado en el pensamiento freudiano, mantuvo un diálogo constante con las tradiciones kleiniana y lacaniana; sin embargo, su pluralismo nunca fue un mero eclecticismo. Exigió precisión conceptual e insistió en la articulación cuidadosa de los supuestos teóricos que sustentaban la práctica clínica. Fue pionero en Sudamérica y en el mundo en temas como el pluralismo, la base clínica común, el Modelo de los Tres Niveles para Observar las Transformaciones del Paciente y la formulación psicodinámica de caso, por nombrar algunos.

Si un analista me preguntara quién fue Ricardo Bernardi, no dudaría en recomendarle leer su artículo «The need for true controversies in psychoanalysis: The debates on Melanie Klein and Jacques Lacan in the Río de la Plata», publicado en 2002 en el *International Journal of Psychoanalysis*, que fue inspiración para autores muy reconocidos por la comunidad internacional. Escribió también un trabajo sobre las diferentes maneras conceptuales de interpretar el «Hombre de los Lobos», que fue una verdadera joya.

Uno de sus aportes que considero muy significativos fue su trabajo con el Comité de Observación Clínica de la IPA. En una reunión preparatoria del trabajo del comité se hizo un intercambio de ideas acerca de trabajar con foco en la observación de las transformaciones del paciente psicoanalítico. Poco tiempo después, Ricardo había redondeado y redactado una base sólida de lo que hoy llamamos el Modelo de los Tres Niveles, un modelo de análisis de materiales clínicos que viene siendo usado por más de 3.000 analistas y candidatos en todo el mundo, en distintas instituciones y congresos regionales e internacionales. Ese trabajo fue también el punto de partida que lo llevó a colaborar con otros terapeutas sobre la formulación clínica y psicodinámica del caso, influyendo incluso en las prácticas actuales del sistema nacional de salud.

Ricardo discutió a la par con gente como David Tuckett o Glen Gabbard, con quienes jamás fue condescendiente, sino más bien confrontativo, lo que le ganó el respeto de los psicoanalistas más renombrados del mundo, como Otto Kernberg y Thomä Kächele, con quienes compartió paneles e instancias de discusión en muchos congresos internacionales. Fue un tutor muy solicitado por maestrandos y doctorandos por tener a la

vez conocimiento y rigurosidad metodológica, gran visión del estado del arte de los temas psicoanalíticos y una envidiable capacidad para detectar la oportunidad y las fallas de cualquier trabajo.

Desempeñó un papel fundamental en Uruguay durante la pandemia de covid-19 como miembro del Grupo Asesor Científico Honorario, reflejando su compromiso con la vinculación del conocimiento psicoanalítico con responsabilidades sociales más amplias. Su concepción psicoanalítica podría resumirse en una idea que siempre estuvo presente: el bienestar del paciente. Desde ese foco, no escatimó esfuerzos de ningún tipo. Siempre creyó que el psicoanálisis estaba al servicio de los pacientes y no al revés.

Su estilo se caracterizó por la franqueza, la precisión y la sensibilidad ética. Fomentaba el cuestionamiento, toleraba la incertidumbre y se resistía a las conclusiones dogmáticas. Como él mismo dijo en una entrevista: «Las escuelas psicoanalíticas parecen tener respuesta para todo. El reto reside en saber qué es lo que no sabemos, qué sería importante descubrir y cómo podríamos hacerlo».

La vida de un psicoanalista no solo se valora por sus publicaciones, roles institucionales o innovaciones teóricas, sino también por la manera en que el pensamiento, la práctica clínica y la existencia personal se entrelazaron a lo largo del tiempo. En este sentido, la vida y la obra de Ricardo Bernardi ofrecieron un ejemplo singular de coherencia entre cómo se vivió, cómo se pensó y cómo se llegó al final. Quienes lo acompañaron en sus últimos días recuerdan una atmósfera marcada, no por la solemnidad, sino por la continuidad: fotografías de momentos compartidos con su esposa Beatriz, imágenes de viajes, sonrisas con hijos y nietos, huellas de una vida plenamente vivida.

Quiero mencionar que, además de esta trayectoria académica de peso, fue siempre un gran compañero de su esposa, mi querida amiga Beatriz, con quien construyeron juntos una familia hermosa, con sus hijos Rafael, Lucía y Cecilia, y sus divinos nietos. Como anécdota que encuentro simbólica: sus hijos crecieron en una casa en cuyo living hubo durante décadas un tapiz enorme con la cara de Freud que los Bernardi ofrecieron en préstamo a nuestra asociación.

En las semanas posteriores al fallecimiento de Ricardo Bernardi tuve la oportunidad de participar en diversos homenajes realizados en instituciones

muy diferentes: la Facultad de Psicología, la Facultad de Medicina, la APU, la Sociedad de Psicología Médica y otros ámbitos académicos y profesionales. Cada uno de ellos destacó aspectos particulares de su trayectoria, acordes con los múltiples espacios en los que desarrolló su actividad. Sin embargo, resultó llamativo comprobar cómo, más allá de las diferencias, reaparecían una y otra vez los mismos rasgos: el rigor intelectual, la curiosidad permanente, la generosidad en la transmisión del conocimiento, la capacidad de diálogo, la apertura a la investigación y un profundo compromiso con las instituciones y con las personas que las integran.

Hay trayectorias que pueden ser narradas desde un único lugar. La de Ricardo no. Cada institución ilumina una faceta distinta de su vida y de su obra; sin embargo, todas convergen en una misma imagen. Quizás esa sea una de las medidas más precisas de la amplitud de su legado: haber dejado huellas significativas en comunidades muy diversas, que hoy lo reconocen como parte de su propia historia. Para quienes compartimos con él largos tramos del camino —grupos de estudio, proyectos de investigación, congresos, debates institucionales y también espacios de amistad—, estos homenajes han permitido apreciar desde perspectivas múltiples la coherencia y la riqueza de una trayectoria excepcional. Cada evocación agrega una pieza al mosaico; todas juntas revelan una vida dedicada a pensar, enseñar, investigar y construir comunidad.

Pero hubo algo más que me conmovió especialmente. Muchas de las personas que tomaron la palabra no comenzaron hablando de sus cargos, de sus publicaciones, de sus contribuciones a la IPA o de sus desarrollos teóricos. Comenzaron hablando del vínculo que habían tenido con él. Escuché decir: «era como un hermano», «era un amigo», «siempre estaba», «me ayudó a pensar», «me acompañó». Son expresiones sencillas, pero profundamente significativas. Quizás allí aparezca una imagen capaz de condensar algo esencial de Ricardo. Más que la del constructor de puentes o la del cartógrafo —metáforas que también le hacen justicia—, pienso en la figura del compañero de viaje. Aquel cuya presencia acompaña durante largos tramos de la travesía y ayuda a orientarse cuando el camino se vuelve incierto. En muchos relatos, cuando ese compañero desaparece, el viajero descubre retrospectivamente cuánto de su propio recorrido había estado sostenido por esa compañía.

Tal vez por eso los homenajes convergen de un modo tan notable. No solo se recuerda lo que Ricardo pensó, escribió o construyó institucionalmente. Se recuerda también la manera en que estuvo presente en la vida de tantas personas. No solo el autor, el investigador o el dirigente institucional, sino el compañero de ruta de varias generaciones de colegas, alumnos y amigos. A veces una frase sencilla como «era como un hermano» logra expresar algo que ninguna enumeración de cargos, premios o publicaciones alcanza a transmitir. Habla de la calidad del lazo que dejó en quienes lo conocieron. Y quizás también de una de las formas más profundas y perdurables de un legado.

Su muerte representa una pérdida significativa para el psicoanálisis uruguayo, latinoamericano e internacional. Sin embargo, su legado permanece vivo en sus escritos, en las instituciones que ayudó a crear, en los clínicos que formó y en la orientación ética que siempre defendió. ♦

REFERENCIAS

- Bernardi, R. (2002). The need for true controversies in psychoanalysis: The debates on Melanie Klein and Jacques Lacan in the Río de la Plata. *International Journal of Psychoanalysis*, 83(4), 851-873. <https://doi.org/10.1516/P2WF-57VJ-25MY-3RM4>